

Mi madre me dijo:

-No hay monstruos aquí, cariño, ¿lo ves? - pero ya se habían escondido-. Son fruto de tu imaginación -dijo-. Si les dices que se vayan, no volverán.

Entonces gritamos: **¡¡¡MARCHAOS DE AQUÍ!!!**

Mi madre tenía razón, se fueron los monstruos. Todos menos él, que al día siguiente todavía estaba allí. Desde entonces, tengo un tigre blanco de *nieve y carbón.*





Para hablar al tigre blanco, hay que tener unas orejas especiales, unos ojos de ver las mentiras y una boca nueva que hable su idioma. También se necesita un barco azul y una cajita de humo. Y saber escribir algunas palabras mágicas, blancas y difíciles como él.

No es fácil vivir con un tigre.



Cuando vuelve nos alegramos muchísimo de vernos. Es una fiesta que dura varios días: cosquillas, saltos en la cama y comer chucherías encima de la alfombra. Estamos alegres y nos reímos de cualquier cosa.

Después buscamos las historias, trae muchas, acurrucadas en su piel, escondidas bajo su pelo suave.

